

El texto que a continuación aparece relata las vivencias de un testigo imaginario de la época.

Aconteció en tierras de la taifa de Almariyat, cuando corría el año de 541 de la Hégira y de 1147 para los Rumí (cristianos). En aquellos días yo no era más que un niño de corta edad, y vivía en Níjar, ciudad donde nací. Mi padre era hombre de pocos recursos y trabajaba de pastor cuidando rebaños que no eran suyos, a cambio de unos pocos morabetines. Por eso me resultó imposible asistir a la escuela coránica, como hacían los zagales pertenecientes a las familias acomodadas. En su lugar, debía ayudar en el trabajo, para así librar a los míos de las penurias que suelen acompañar a la pobreza.

Teníamos por costumbre en verano dirigir los rebaños hacia la costa, que dista a escasas leguas de Níjar, en los alrededores de Qabit Bani Aswad o Cabo de las Ágatas, como le llaman los Rumí. Cuando soplaban del este, el aire venía cargado de humedad de la mar, haciendo más soportable los rigores del estío meridional. Además la brisa impregnaba de rocío a los matorrales y a los escasos pastos que servían de alimento a los rebaños en aquellas tierras calcinadas. No se podía decir lo mismo si el viento soplaban de tierra adentro, que abrasaba como el fuego, y del cual había que protegerse en alguna cueva o cabaña.

Cierta mañana que mi padre y yo ya nos habíamos separado —era lo habitual, pues así dividíamos las cabezas y no agotábamos los pastos del paraje donde nos hallásemos —me dirigí a la llamada Playa del Morrón, donde existe un famoso fondeadero y adonde solían arribar las naves procedentes del Magreb, cargadas del oro y marfil que las caravanas de camellos porteaban desde el otro lado del desierto, allá en los reinos bañados por el gran Río Níger. Había decidido subir hasta lo alto del morrón, que se adentra en el mar y protege al fondeadero de los fuertes vientos de poniente, y desde donde se podía contemplar la mar y su infinita belleza. Allí solía haber matojos para mis cabras durante cualquier época del año, y a mí me encantaba pasar las horas tumbado, con la mirada perdida en el horizonte azul, pensando en países imaginarios y aventuras a bordo de navíos piratas.

Pero ese día tuve una visión que con brusquedad habría de arrebatar para siempre la inocencia y los sueños de mi efímera niñez. De principio no supe discernir si lo que me mostraban los ojos era real o tan sólo fruto de mi exagerada imaginación. Pronto supe que no se trataba de engaño alguno. En el horizonte, hacia el nordeste, una gran flota de navíos se aproximaba navegando no muy lejos de la costa. Jamás había visto tan elevado número de barcos, pues a simple vista bien podrían superar los doscientos. Entre ellos supe distinguir al menos sesenta galeras pertrechadas para plantar batalla.

Aun siendo tan joven, no tardé en advertir el peligro que se acercaba. Aquellas mismas galeras habían surcado esas aguas un año antes. Pertenecían a los Rumí y en aquella ocasión habían atacado la medina de Almariyat, con la intención de apoderarse de ella, mas, la falta del apoyo de un ejército en tierra para el asedio, la astucia de Ibn al-Raminí, el gobernador de la ciudad que no pagó la cantidad negociada para una tregua, y la llegada inminente del otoño con sus temporales, dieron al traste con la empresa, y los Rumí, en su mayoría genoveses, tuvieron que irse por donde habían venido, muy enojados y sin botín.

Mas ahora la situación era bien diferente. Los Rumí de diversos reinos y condados – genoveses, catalanes, castellanos, leoneses, entre otros –habían organizado una cruzada contra Almariyat, argumentado que la ciudad se había convertido en una república anárquica de piratas que atacaban constantemente a sus navíos comerciantes – cuando en realidad eran ellos los verdaderos piratas que sólo navegaban al corso –y que los navíos con base en Almariyat ponían constantemente en peligro la seguridad de sus reinos y ciudades.

---



Pero esto no era más que un pretexto. Lo que realmente les había movido a preparar esta nueva contienda –esto lo entendí años después – era destruir Almariyat y su envidiable flota de navíos, para así poder ellos adueñarse de las codiciadas rutas comerciales a lo largo y ancho del Mediterráneo.

Sin perder ni un solo instante, y sin abandonar a mi rebaño, me dirigí –tan rápido como mis cortas piernas me lo permitían – a la torreta de vigilancia más cercana. El hecho de encontrarla vacía me hizo comprender que los soldados ya se habían hecho eco de las malas nuevas y habían huido hacia posiciones más seguras. Después, ignorando el peligro que corría, abandoné al ganado en un lugar apartado y volví a la playa para descubrir que muchas de las naves habían fondeando en todas las playas y calas circundantes, como si esperasen a una orden definitiva de ataque. Nadie podía imaginar que los Rumí se quedasen en las calas y playas cercanas a Qabit Bani Aswad durante casi dos meses. Tan sólo quince galeras vinieron a ponerse como exploradores y antigu guardia a vista de la ciudad. ¿Por qué se habían quedado allí?, me preguntaba cada vez que realizaba una incursión clandestina –mi padre y otros familiares me habían prohibido acercarme a la costa. La respuesta la supe cuando ya fui hombre. Los genoveses y pisanos habían pactado con Al-Soleytan –es decir, “el sultancillo”, mote con que se conocía al emperador Alfonso VII de León –que éste último apoyase con un poderoso ejército el asedio de la ciudad-. Pero el tiempo pasaba y Al-Soleytan no aparecía con su anunciada hueste. Y es que los musulmanes de Baeza le presentaron batalla en su avance hacia Almariyat, entreteniéndole y dispersando a gran parte de los suyos.

Finalmente arribó el conde de Barcelona con un gran número de naves y quinientos treinta caballeros acompañados de soldados. Se acercaba entonces el momento del ataque. Justo cuando genoveses y catalanes acabaron de construir el campamento llegó Al-Soleytan con cuatrocientos caballeros y mil infantes. Tras una sangrienta aunque valiente lucha Almariyat capituló y negoció su rendición con los Rumí. La medina quedó casi destruida y los campos y huertas circundantes fueron arrasados. La población huyó despavorida hacia Granada o hacia Murcia, como fue nuestro caso, pues tuvimos que abandonar nuestra casa y otras pocas pertenencias para refugiarnos de la furia y desbocada ansia de los Rumí. Destruyeron los telares de Almariyat y Níjar e hicieron cautivas a muchas mujeres tejedoras y a niños, que se llevaron a sus ciudades para que les fabricaran telas con las que comerciar.

Por ventura de Allah, Almariyat fue conquistada por los Almohades diez años después, aunque todavía hoy se me entristece el corazón al pensar que tal vez nunca vuelva a ser lo que fue, luz y esplendor de Al-Andalus.